

Fragmento de *La lengua de los pájaros*. Escena 2.

Paula Cucurella

La parsimonia del decorado en los pasillos del edificio anunciaba a bostezos el drama de la espera que se presentaba, sin mucha ceremonia, una vez dentro de la oficina de Keller. Sin embargo, entrar era como ser escupida a la fuga apremiante de lo estático, palpable. Un espacio dentro de otro descubijado de toda piel y desesperando de sí. Había drama en la espera.

El picaporte ya había girado, y otro crujido que no era como el de sus huesos encontró a Anna en la nuca y la dejó crisparse, imperceptible al testigo ocular crónicamente ausente de su vida, y también a Anna misma que poco o casi nada se enteraba de lo que aún sentía. Como el bajo continuo de una sinfonía maldita, el cauce que desde su coxis alimentaba miles de corrientes fluía continuo por los nervios de su cuerpo, eran las únicas notas que hacían audible la vida de Anna y a la vez la tornaban sorda.

—*¿Cuánto le duele?*

¿Cuánto? se repetiría Anna, imperceptiblemente avismada por su soledad, palpable en la rugosidad interna de su garganta, y el aire entrando como a un guante de goma, demasiado grande y demasiado pequeño. Habiendo caducado como cuantificador del dolor, *cuánto* no podía costear la generalidad que lo avalaba. Era evidente que sólo podían preguntar *cómo*. Era evidente, se repetiría Anna, y no le sorprendió aprender semanas más tarde que no era la única que tenía que usar el espacio entre los reglones del formulario para escribir su respuesta:

“Imagínese que usted quisiera que yo le escuchara, imagínese que precisa de mi exclusiva atención. Ahora imagínese que el ruido en esta habitación no me deja escuchar sus palabras, y cuando me pregunta *¿cuánto le duele?* por más que quisiera, no podría responderle, pues sólo veo cómo mueve los labios, no escucho lo que dice y no puedo responderle”.

Año 2099. Se podía calcular todo, cuantas unidades calóricas necesitabas para mantenerte viva, cuánto podías trabajar sin quejarte, cuánta radiación podías tolerar, y si podías costear de-radiarte. Si eras curiosa, impulsiva, si podías razonar; si utilizabas toda tu fuerza para abrir una lata, un frasco atorado, para empujar una puerta; conocían las oscilaciones de tu ritmo cardiaco de noche, y si les hubiesen prestado atención podrían inferir tus pesadillas. Sabían que no repararías en los detalles que habían dejado ahí para ti, pero sí en otros, por la determinación de tu pupila, fija e inexpresiva, como la persona que ha visto un fantasma, pero debe esconderlo para que no la crean loca. Otra mutación que nadie sabía qué efectos tendría, habiendo ya demasiados efectos sin causa atribuible, ¿alguien llevaba la cuenta?

Mientras aún se precisaba de la función descriptiva del lenguaje que la escala del 1 al 10 no podía proporcionar, el dolor seguía buscando espacio entre los reglones para contarse, y ocurrió lo que nadie había calculado, mientras más crecía la levadura de metáforas, símiles y alegorías, más vaciaban el valor cuantificable del dolor, aunque la división de salud pública las descartó por imprecisas y excepcionales. *Si había un patrón, a primera vista no alcanzaría la regularidad de una gramática*. Pero las notas se multiplicaron, y con la excepción de conjunciones, signos diacríticos, artículos, ninguna combinación de dos palabras era igual a otra y la infraestructura humana no pudo disfrutarla, buscando lo que ahí no estaba, insensibles al milagro de la anomalía. El dolor nunca desistió de buscar su propio lenguaje, aún cuándo nada cambió en los formularios de autoevaluación, ni siquiera el escaso espacio dónde se incrustaron los brotes de libre albedrío de los que nadie daba cuenta, aunque se lo asumía, claro, bastión del Departamento del Buen Morir (DDBM), palabras como ‘intrínseco’, ‘natural’, maquillaban la ausencia de formalización agazapada en el resquicio de que tal vez no fuesen codificables, pero siempre quedaba algo: eso que se resbalaba de las manos como un pescadito chiquito, una nota al margen que nadie tomaba en cuenta y que por eso pudo persistir en el tiempo, fuera de control.

—*¿Cuánto le duele?*

¿Cuánto?, se repetiría Anna, imperceptiblemente avismada en el cálculo.